

LA SOBERANIA NACIONAL.

LECTURAS DEL HOGAR,

SEMANARIO

DE LAS TERTULIAS, CASINOS, CIRCULOS DE LECTURA, ATENEOS Y REUNIONES POLÍTICAS, LITERARIAS Y ARTÍSTICAS.

Núm. 23 de LA SOBERANIA.
Gratis para los suscritores.

DOMINGO 8 DE ENERO DE 1865.

Num. 4 del SEMANARIO.
4 ctos. Suscripcion 2 rs. al mes.

POLÍTICA GENERAL.

Cuando los pueblos tienden la vista por la inmensa hoja del tiempo y leen en ella su origen que la antigüedad ennoblece sus primeros esfuerzos, las glorias y las hazañas de sus mayores, su orgullo se escita, su pensamiento se engríe, late satisfecho su corazón, y tan generoso sentimiento los impele á grandes hechos y maravillosas empresas. El espíritu de nacionalidad que crearon las tradiciones que se dividen y esparcen con las familias, juntan en un pensamiento único las diversas tendencias, las organizaciones mas distintas de los habitantes de un nuevo país, reúne y mancomuna los mas opuestos intereses, forma una necesidad absoluta de todas las necesidades particulares, y crea en fin la palabra mágica *Patria*. Menester es haber vivido lejos de los suyos, con el estigma del proscrito en la frente, y el corazón llagado de recuerdos, sólo entre la multitud que desconfía del extraño, pobre, y sin valimiento propio, y en medio de los que nacieron juntos y juntos viven; menester es haber despreciado la riqueza del extranjero, comparándola con la pobreza del suelo patrio, haber visto las mujeres pasar desdeñosas, y trayendo á nuestra memoria las que con sus miradas halagaban nuestro deseo y derramar lágrimas de envidia y de amargura, solo infeliz en medio de tantos felices, para comprender, para sentir la *Patria*, para no poder pronunciar jamás tan dulce palabra sin conmoverse. Los pueblos valen, pues, mientras domina en ellos el sentimiento de su nacionalidad. Y cuando decrepitos y degradados, como un corrompido aristócrata que se complace en contemplar los retratos de sus esforzados abuelos, registran los anales de sus hazañas y aun se jactan de su antigua fuerza, todavía irritado en ellos su orgullo, resisten la conquista, se sublevan contra el invasor, y cediendo en su debilidad, semétense si á la fortuna que los sujeta, pero no se dan jamás por vencidos. Muchos son los ejemplos que la historia ofrece de países que sujetó la fuerza, y que tarde ó temprano rompieron el yugo de la dominación extranjera que no respetó sus costumbres, ajó sus fueros y despreció el sentimiento de nacionalidad que al fin se despertara en ellos. Los grandes ejércitos, las invasiones poderosas no dejan mas resto de si que grandes ruinas y lastimosas devastaciones; y pasado el primer espanto infunden odio eterno contra sus tiranos en el pecho de los vencidos. El siglo actual puede decirse que ha visto las últimas masas de hombres sirviendo á la ambición del genio, formadas y organizadas para emprender conquistas. Napoleon, á quien pudiera llamarse el último Carlo-Magno, instrumento sublime de los destinos del mundo, ha servido de término en la ségla de siglos que trascurre desde la monarquía feudal hasta la nueva era de los pueblos libres. Su gloria y su poder inmenso cierra el cuadro de las monarquías absolutas. Es el último aliento de la gloria militar que con él espira, su manto real el último que cubre los hombros de un poderoso monarca, y complemento magnífico de la gran revolución que ha trastornado la faz del mundo, se presenta á decirle: hé aquí el mas grande de los guerreros, el hijo del pueblo, el ge-

nio escogido, el rey mas obedecido y poderoso, el privado de la fortuna. Pero todavía con cualidades tan grandes, con tanta fuerza, con poder tan extraordinario, no basta, pueblos, á hacer vuestra felicidad, á renovar la sociedad corrompida, porque solo podreis labrar á fuerza de lucha y tiempo vosotros vuestra felicidad, porque la sociedad se formula á si misma, porque el hombre mas grande y elevado sobre vuestros hombros vive una hora apenas en la vida de la humanidad. Napoleon agotó cuanto en pompa y en grandeza habian creado los anteriores siglos, usó las fiestas y regocijos públicos, vulgarizó las palabras sagradas que conmovian con su magia los corazones, y entregando al cuchillo del análisis, religion, gloria y recuerdos, presentó la sociedad como un cadáver que engalanaban falsos oropeles y brillantes piedras. Aquella mano plebeya que habia osado arrancar las coronas de la frente de los reyes, y que despojándolos de su aparato, los presentó como hombres flacos á la faz de sus asombrados vasallos, empuñó la espada del conquistador para desnudar sus tronos, y su misión cumplida, dejó á los pueblos que completasen su obra. Las guerras, pues, de conquista, acabaron con Napoleon, el templo de la gloria militar se desmoronó con su ídolo, y nuevos caminos se abrieron á la civilización del mundo, obra inmensa que para llevarse á cabo necesitaba del concurso general de los pueblos. Al estruendo de las armas sucedió la voz de la predicación y de la ciencia, multiplicáronse los medios de comunicación entre los pueblos, estrecháronse mutuamente sus alianzas, las distancias se acortaron, y un sentimiento único, la idea, en fin, de mejorar su condicion desgraciada, hizo que se mirasen como hermanos los que hasta entonces se habian mirado como enemigos. Este trabajo largo y penoso sometido al instinto generoso de la humanidad, está todavía muy lejos de haber tocado á su término. Los escombros de los tiempos pasados y hasta las tiendas levantadas por los hombres en su largo viaje para abrigarse y vivir en el presente, embarazan aún el camino y ocupan gran parte del terreno donde hubiera de empezar á levantarse el edificio del porvenir. Los intereses antiguos que vacilan, las preocupaciones que como la luz al morir, buscan fuerza de la propia debilidad, los vicios y errores que crean nuevamente intereses perjudiciales hasta abrirles ancho canal por donde se esparzan fecundando, y que permanecen ahora estancados, la duda misma, compañera del análisis que ha deshecho todo y nada crea, y que viene medrosa á mezclarse en todas las combinaciones para lo futuro; las necesidades actuales que se complacen, y á que hay que acudir forzosamente, son otros tantos obstáculos al cumplimiento de la inmensa obra emprendida, y multiplicándose y confundiéndose, rinden las almas débiles y trastornan los entendimientos medianos. Pero pasó la época en que la condicion de las naciones era ser esclavas ó dominadoras. Las conquistas han llenado una inmensa misión en la historia. Roma reunió los pueblos para recibir la comunión cristiana. Napoleon los preparó para cumplir el fin á que aquella religion los conducía, á conocer-

se, á hermanarse, á unirse en una sola familia. La voz de paz á los hombres de buena voluntad sonará en las alturas y los hombres se darán las manos al oírlo. Las fuentes del bien y el mal se confunden y mezclan de modo que del manantial mas puro la corriente se envenena por último y pudre y daña cuanto riega, mientras que purificándose las aguas corrompidas en su origen, llevan las mas veces fecundidad y riqueza por donde pasan. Las calamidades de la guerra impusieron con el sello profundo de su fuerza la marca que á la sociedad moderna distingue, el espíritu mercantil mezquino en su principio y siempre impulsado por el sordido estímulo del interés, que creciéndose y dilatándose, ha construido, en fin, los caminos de hierro, ha aplicado el vapor á los buques, y vehículo pacífico de las nuevas ideas, estrecha los vínculos de los pueblos mas distantes de la tierra y que apenas se conocian. Cierito es que en nuestra época de lucha y de transición este espíritu se ha apoderado de todos los corazones, y elevada la aristocracia del dinero sobre la del talento, la de sangre y la de fuerza, ha sofocado por un momento todas las pasiones nobles. Desgracia quizá inevitable, necesidad lógica, que si ahoga un siglo entero con sus especulaciones acaso de interés ruin, llevará á los siglos futuros con su codicia las ideas generosas, las pasiones altivas, los sentimientos buenos, y los esparcirá y cambiará con sus mercancías por todas partes. A nosotros nos ha tocado la suerte, triste á la verdad, de aquellas tropas, que abandona el general al cañon enemigo, para salvar con su muerte todo el ejército. Las almas generosas suspiran en vano por el porvenir ó vuelven tímidas los ojos á lo pasado, huyendo de un siglo que si bien prepara para lo futuro grandes escenas, se halla ocupado ahora en el trabajo mecánico, y aunque mañoso, mezquino, del afanoso artífice. La discusion embarazosa, enemiga del genio altanero y ejecutivo, se ha apoderado del campo político, entregado hoy en Europa á la medianía; y como la paciencia es el don de estos talentos y el trabajo del siglo actual es de paciencia, justo es y necesario que ellos ocupen los primeros puestos. Todo el porvenir del universo está apenas á distancia de un día en el pensamiento del genio, y á millones de leguas lo colocan los inconvenientes y obstáculos que opone la práctica. Las medianías, representantes verdaderos de la época, siguen tegiendo la tela social con mas ó menos tino, pero sin impacientarse nunca. La Europa hoy dia es una gran fábrica de trabajadores avaros. Temeroso cada taller del vecino, se rodea de hombres armados para imponerse temor unos á otros, enmascarar el miedo y amenazarse sin embestirse nunca. Si alguna imprudencia, ya de algun gefe de taller mas atrevido, ya de alguno de los dependientes armados, amaga al parecer hostilidades inevitables entre uno, dos ó mas talleres, las bravatas y las amenazas se truecan en palabras de cortesía, y mútuas satisfacciones en que el honor suele sacrificarse al interés, vienen á terminar tan espantosa crisis, que parecia iba á envolver en desastres sin número la gran fábrica. La situación de Europa es la del ánimo acobardado y receloso, los restos del antiguo

régimen disputan el terreno á los nuevos usos, obligados á ceder se mezclan y confunden con ellos para no abandonar el puesto, y la desconfianza penetrando en unos y otros, cualquiera grito es de alarma, cualquiera chispa una conflagración universal que abrasará los ya gastados hilos, apenas levisimas ligaduras de la confusa sociedad moderna. No es España, á pesar de su situación topográfica, que parece aislarla del resto de la Europa, la que menos sustos ha causado ni la que dá menos motivos de sobresalto. Enveleta en una revolución política y dividida en partidos que aunque fatigados y sin fe, pelean sin embargo obstinadamente, combatidos sus pueblos por siete años de guerra civil tan encarnizada como poco gloriosa, y habiendo sido el desorden una necesidad de nuestro gobierno que entre inmensos apuros á toda costa y á cualquier precio tenía que acudir á imperiosas exigencias del momento, mas de una vez en su lucha ha llamado con susto la atención de la Europa entera. Sus puertos, los mejores del Mediterráneo, ofreciendo ventajosa alianza á la Inglaterra, esta nación ha intentado siempre abrir franco mercado en nuestro país á sus mercancías, con menoscabo de nuestra industria. Próxima á estallar la guerra, complicados los negocios de Oriente, la Francia, nuestra natural aliada, ha vuelto también los ojos á España, codiciosa de estrechar los vínculos que la estraviada política del gobierno francés había relajado últimamente. Y concluida la guerra con un aguerrido y numeroso ejército, y preparándose la paz á abrir algún día fuentes de verdadera riqueza, aunque todavía envueltos en la mezquina lucha de intereses parciales, tiempos ya de ensanchar nuestras miras y echar una ojeda sobre el mundo político que nos rodea. Lejos de nosotros la idea de aconsejar al gobierno cómo ha de obrar inmediatamente. Escritores de un periódico de literatura, nos contentaremos solo con hacer algunas reflexiones sobre una cuestión quizá la mas importante para la península. Pocos días hace los ojos de los españoles se volvían hácia Portugal, numerosos cuerpos de tropas se acercaban á sus fronteras, la cuestión del Duero amenazaba ser causa de un rompimiento entre estas dos naciones hermanas, y grandes preparativos de guerra se dispusieron por ambas partes. Felizmente, como es hoy costumbre, los negocios se arreglaron amistosamente, y no pasó de un nuevo susto tanta amenaza. Pero la cuestión ha quedado en piés sin embargo. La península para llegar á ser una gran nación, necesita reunirse. La mano está separada del brazo, y Tajo y Duero, arterias fecundísimas de nuestro cuerpo, cortadas á deshora, van á morir en una mar extranjera. Portugal acosado por la Inglaterra que lo ahoga con su política, conserva solo un recuerdo de su antigua gloria, y en su mal entendida vanidad, vuelve contra nosotros un odio que alimentan con mimo los intereses isleños. En nuestro orgullo los españoles, solemos reir de su debilidad y su arrogancia, y unos y otros en vez de unirnos y enlazarnos íntimamente por nuestro mútuo interés, servimos con nuestras rencillas y femenil rencor á nuestra astuta aliada. Fuerza es que nos convenzamos: los portugueses jamás perderán el noble instinto de su nacionalidad, ni aun vencidos y subyugados. Ese rincón de la península, cuenta entre mil guerreros y conquistadores ilustres los Gamas, los Alburquerque, los Castros: sus marineros abrieron la senda á las expediciones atrevidas, y la voz de Camoens sonora y poderosa, atruena todavía el mundo, cantando las hazañas de aquellos

héroes. La mal entendida política de Felipe II alejó de nosotros la buena voluntad de los portugueses; su orgullo herido los convirtió en enemigos nuestros irreconciliables, y todavía aquellas preocupaciones quedan arraigadas hondamente en el corazón de nuestros vecinos. La dificultad de comunicaciones entre los dos países, ha levantado una barrera que como la muralla de la China, los separa completamente de nosotros. Los ingleses han abierto su mercado en Lisboa y han reducido á la capital todo el reino. Y mientras por todas partes, anchos canales dan franco paso á las relaciones de todos los pueblos, estamos nosotros mas lejos de nuestros naturales hermanos que de las naciones mas extrañas. Considerar, pues, cual sea el mejor medio de unir estos dos hijos de una misma madre, y formar un solo pueblo, fuerte y poderoso, de los que dividiera una rivalidad equivocada y la codicia y el egoísmo del extranjero, he aquí la obra que brevemente nos proponemos examinar.

JOSE DE ESPRONCEDA.

Hace veinte y tantos años que Espronceda escribió este magnífico artículo; y parece, sin embargo, de actualidad. ¡Tal se han compuesto nuestros gobiernos para mantener en pié las causas de alejamiento entre dos pueblos vecinos!

D. JUAN DE PADILLA.

V.

Pedro de la Cueva dió á Padilla una capa prieta y una caperuza monjera despues que le quitaron de encima á pedazos el sayo ó ropeta que llevaba.

Fué encerrado en el castillo de Villaiba, propiedad del infame Ulloa, que ensangrentó su rostro asestandole una cuchillada siendo ya prisionero.

Desde estos momentos la figura de don Juan de Padilla parece como que se ve desprenderse del suelo, ascendiendo lenta y majestuosamente, iluminada por la aureola de la gloria, porque si grande fué en la próspera fortuna, en el martirio rayó en lo sublime. Su nombre se ha grabado con letras de oro en lápida de mármol blanco, á la cabeza de los heroicos capitanes comuneros sacrificados por el hacha de Carlos V.; y esa lápida se ha colocado sobre una de las puertas de entrada del Congreso de los diputados, frente por frente de la tribuna pública.

Un escéptico, un hombre que no teme vagar entre el si y el no sin salir nunca del qué sé yo, vacilando y dudando siempre, que acusa las mas puras intenciones ó los rasgos mas nobles, como quien no sabe comprenderlos, ó siente no merecerlos, privado desde hace mucho tiempo de la antorcha que guió sus primeros años, D. Antonio Alcalá Galiano, en fin, especie de doctor Zumel, dice en una nota, y no tuvo valor para mas, (pero al fin dijo en una nota de su traducción de la Historia de España redactada y anotada con arreglo á lo que escribió en inglés el doctor Dunham), lo siguiente, despues de insertar, tomada de Sandoval, la carta de don Juan Padilla á su mujer, y la que escribió á la ciudad de Toledo:

«A muchas reflexiones dan margen estas cartas. Imposible parece que quien las lea no sienta, así como lástima de la suerte del escritor, estimación no común á su persona. Bien pudo Padilla equivocarse, y en algo apenas cabe duda que erró: bien puede ser que hubiese influido en él la ambición, ignorándolo él mismo hasta cierto punto: bien es posible que tuviesen

razon quienes le acusaban de poco prudente; pero quien pensaba y sentía como estas cartas declaran, alma noble y levantada hubo de tener, y algun entendimiento no falto de ciencia. Piénsese como se quiera, es razon considerar á Juan de Padilla una de las glorias de España.»

¡Alma noble y levantada hubo de tener! Bien cabe suponer, y lo hemos dicho ya, que como arrasaron y sembraron de sal el solar de su casa, así mismo arrasaron los testimonios de sus hechos, y sembraron de sal su memoria para esterilizarlos.

«De haber vencido Padilla, figurara entre los héroes de mas renombre,» dice Galiano. Y Sandoval declara, «que en todo lo que ha leído de Juan de Padilla, halló que fué un gran caballero y de verdad.» Pero nos anticipamos á nuestro objeto. Con el testimonio de algunos historiadores hemos querido, cortando con la tijera que es comun oficio usar en las redacciones, delinear la fisonomía noble y grande del capitán toledano, y con esos testimonios probar que tenía mas talla que la que le conceden. Con los datos que hay sobra para poner la verdad en su punto. Con ellos podría escribirse una historia critica muy importante, y de novedad, por lo que revelaría á los que superficialmente la han estudiado dentro y fuera de España. Su triste fin diremos; y luego pondremos punto al perfil, copiando de buenos retratos, de esos de familia que se conservan por ser el parecido fiel, algun rasgo bien característico de la ilustre imagen que nos apasiona.

Se falló sin forma de proceso, sedientos de sangre los nobles, que fuesen decapitados en el rollo de Villalar Padilla, Bravo y Maldonado. Padilla no mostró, cuando le notificaron la sentencia, ni dolor ni jactancia. Pidió un confesor letrado y un escribano, y ambas peticiones le fueron negadas.

Bravo y Maldonado oyeron la sentencia infamante como soldados ofendidos.

«Esta es la justicia, gritaba el pregonero, que manda hacer S. M., y los gobernadores en su nombre á estos caballeros: mándanlos degollar por traidores....»

«Mientes tú y aun quien te lo mandó decir,» dijo airado Juan Bravo; «en ser celosos del bien público consiste la culpa nuestra.»

«Señor Juan Bravo, pronunció Padilla, ayer fue día de pelear como caballeros, pero hoy es de morir como cristianos.»

«Degüellame á mi primero, dijo Juan Bravo al verdugo, «por que no vea la muerte del mejor caballero que queda en Castilla.» Viéndole D. Juan tendido y separada la cabeza del cuerpo por el hacha homicida de Carlos de Gante, ó de su representante el verdugo, exclamó: «¡Ahí estais vos, buen caballero!»

Luego dijo al verdugo: «hacedme este placer, que seais conmigo mas liberal que con el Sr. Juan Bravo.» Dió unas reliquias á D. Enrique de Sandoval y Rojas, encargándole que las llevase al cuello mientras durase la guerra, y que terminada las enviase á su esposa doña María Pacheco.

Y levantando en seguida los ojos al cielo, postradas sobre el tablado las rodillas, tendió su cuello y pronunciaron sus labios estas últimas palabras: «Domine, non secundum peccata nostra facias nobis.»

Un momento de flaqueza tuvo, un tributo pagó á la humana naturaleza la valerosa viuda de D. Juan, cuando supo la rota de Villalar. «Si esto es verdad, se le escapó decir, yo me contentaría que nos desajen á Juan de Padilla y á mí salir en sendas mulas del reino.» Pero este suspiro del alma es tambien la protesta mas grande

por su elocuencia, y como una verdad sorprendente en momento que era tan solemne, del juicio poco exacto que tuvo y tiene á María Padilla por marido de su marido. Una noble matrona tenemos el honor de conocer que si parecida á doña María, no es menos ilustre como viuda de un héroe de nuestros días: que suele la fortuna juntar dos seres, si en sexo diferentes, en corazón y génio iguales. Tales eran don Juan y doña María. Tales han sido también Mina en nuestros días y su compañera, que aun vive, la condesa de Espoz y Mina.

Doña María Pacheco falleció en 1551, y en su testamento, llena su alma espirante de la memoria de D. Juan, dejó mandado que enterrasen su cuerpo delante del altar de San Gerónimo, de la catedral de Oporto, y una vez consumido, trasladásen a VILLALAR sus huesos.»

Juan Bravo, delante del hacha, *no quiere ver la muerte del mejor caballero de Castilla.*

Doña María manda que trasladen á Villalar sus huesos.

¡Qué entusiasmo, qué corona para Padilla!

«No toques en él, dice al verdugo D. Enrique Sandoval y Rojas:» *No toques en él; si no, meterte he esta lanza por las espaldas; vé á mi posada, que yo te daré calzas y jubón, pues esas son tuyas.*»

«La batalla de Villalar que perdieron los comuneros por valientemente que pelearon Juan Bravo y Juan de Padilla, capitán general,» escribe Francisco Gomez de Gomara.

No queremos multiplicar las citas. Que quien tanto amor y admiración inspira, y tanto culto al pueblo, al soldado, á los capitanes, á sus amigos y contemporáneos, al historiador, á su mismo padre y á su gran mujer, heróico, magnánimo, grande debió de ser y grande fué, sin duda. Como dice Galiano: «*Piénsese como se quiera, es razon considerar á Juan de Padilla una de las glorias de España.*»

Padilla se idealiza en sus últimos momentos.

Son muchas las sentencias sublimes que se pueden apuntar de sus dos cartas, muy celebradas, escritas en aquel momento supremo entre la vida y la muerte, derrotado en Villalar y conociendo perdida la causa de la libertad.»

«QUISIERA TENER MAS ESPACIO DEL QUE TENGO PARA ESCRIBIROS ALGUNAS COSAS PARA VUESTRO CONSUELO: NI A MI ME LE DAN, NI YO QUERRIA MAS DILACION EN RECIBIR LA CORONA QUE ESPERO.»

«NO QUIERO MAS DILATAR, POR NO DAR PENA AL VERDUGO QUE ME ESPERA, Y POR NO DAR SOSPECHA, QUE POR ALARGAR LA VIDA ALARGO LA CARTA.»

«A TI, CORONA DE ESPAÑA Y LUZ DE TODO EL MUNDO...»

¡Qué vuelo!... Pero cesemos de extractar; esta carta á Toledo es un himno. De memoria debería aprender las dos la juventud española.

En aquella noble actitud que debió tener cuando pronunció las palabras: «*Ahi estais vos, buen caballero,*» nos lo ha representado un pintor contemporáneo, el Sr. Gisbert, en un gran lienzo que es ya popular.

El artista se inspiró indudablemente en las acciones del héroe y en las palabras de las dos cartas del mártir, y por el poder del genio modeló una fisonomía que acaso se acerque mucho á la verdad.

La poesía y la pintura, á la distancia de

sesenta y cinco años, se han dado la mano, conviniendo en el carácter y en las facciones del capitán general de los Comuneros.

Quintana y Gisbert, ambos laureados por el partido progresista, el poeta nacional y el pintor nacional, mantienen y mantendrán firmes sobre la cabeza de D. Juan de Padilla la corona de la gloria!...

SERVANDO RUIZ GOMEZ.

CARTA DE JUAN DE PADILLA A LA CIUDAD DE TOLEDO.

«A ti, corona de España, y luz de todo el mundo, desde los altos godos muy libertada. A ti, que por derramamientos de sangre estraña, como de las tuyas, cobrastes libertad para ti é para tus vecinas ciudades. Tu legítimo hijo Juan de Padilla te hago saber como con la sangre de mi cuerpo se refrescan tus victorias antepasadas. Si mi ventura no me dejó poner tus hechos entre tus nombradas hazañas, la culpa fué en mi mala dicha, y no en mi buena voluntad, la cual como á madre te requiero me recibas, pues Dios no me dió mas que perder por ti de lo que aventuré. Mas me pesa de tu sentimiento que de mi vida; pero mira que son veces de la fortuna que jamás tienen sosiego. Solo voy con un consuelo muy alegre, que yo, el menor de los tuyos, muerro por ti, é que tú has criado á tus pechos á quien podría tomar enmienda de mi agravio. Muchas lenguas habrá que mi muerte contarán, que yo no la sé aunque la tengo bien cerca; mi fin te dará testimonio de mi deseo. Mi ánima te encomiendo como patrona de la cristianidad; del cuerpo no digo nada, pues ya no es mio, ni puedo mas escribir porque al punto que esta acabo tengo á la garganta el cuchillo con mas pasión de tu enojo que temor de mi pena.»

A DOÑA MARIA PACHECO, SU ESPOSA.

«Señora, si vuestra pena no me lastimara mas que mi muerte, yo me tuviera enteramente por bienaventurado; que, siendo á todos tan cierta, señalado bien hace Dios al que la da tal, aunque sea de muchos planida, y del recibida en algun servicio. Quisiera tener mas espacio del que tengo para escribiros algunas cosas para vuestro consuelo; ni á mí me lo dan, ni yo querría mas dilación en recibir la corona que espero. Vos, señora, como cuerda llorad vuestra desdicha, y no mi muerte, que siendo ella tan justa, de nadie debe ser llorada. Mi ánima, pues ya otra cosa no tengo, dejo en vuestras manos; vos, señora, lo haced con ella como con la cosa que mas os quisio. A Pero Lopez, mi señor, no escribo porque no oso, que, aunque fué su hijo en osar perder la vida, no fué su heredero en la ventura. No quiero mas dilatar por no dar pena al verdugo que me espera, y por no dar sospecha que por alargar la vida alargó la carta. Mi criado Sosa, como testigo de vista é de lo secreto de mi voluntad, os dirá lo demás que aquí falta, y así quedo dejando esta pena, esperando el cuchillo de vuestro dolor y de mi descanso.»

Inscripción que se puso de orden del rey en el solar de las casas de Juan de Padilla.

«Aquesta fué la casa de Juan de Padilla y doña María Pacheco, su mujer, en la cual, por ellos é por otros, que á su dañó propósito se allegaron, se ordenaron todos los levantamientos, alborotos y traiciones, que en esta cibdad é en estos reinos se hicieron en deservicio de S. M. los años de 1521. Mandóla derribar el muy noble señor D. Juan de Zumel, oidor de su

majestad é su justicia mayor en la cibdat, é por su especial mandado, porque fueron contra su rey é su reina, é contra su cibdat, é la engañaron so color de bien público, por su interese é ambicion particular, por los males que en ella sucedieron; é porque despues del pasado perdon fecho por SS. MM. á los vecinos de esta cibdat, que fueron en lo susodicho, se tornaron á juntar en la dicha casa con la dicha doña María Pacheco, queriendo tornar á levantar esta cibdat é matar todos los ministros de justicia é servidores de SS. MM.: sobre ello pelearon contra la dicha justicia é penden real, é fueron vencidos los traidores el lunes día de San Blas 3 de Febrero de 1522 años.»

Cuando por real orden de Felipe II se trasladó este padron á la puerta de San Martín, se añadió otra inscripción del tenor siguiente:

«Este padron mandó S. M. quitar de las casas que fueron de Pedro Lopez de Padilla, donde solia estar, y ponerlo en este lugar, y que ninguna persona sea osada de le quitar so pena de muerte y perdimiento de bienes.»

LA CARCEL.

Decia el malogrado Larra en uno de sus picantísimos artículos, que habia cosas y palabras buenas. Colocó entre las primeras á la Policía; y dió la preferencia entre las segundas á las palabras «por ahora.»

Existe, sin embargo, en la capital de España, un edificio grande en su exterior, y mas grande aun por el fin á que en su interior está destinado. Oculta, empero, su entrada, como oculta un escribano sus embrollos y ardidres curiales; con la diferencia de que hay mas facilidad en adivinar aquella, que estos; y mas para entrar en la una, que para desenredarse de la política y laberinto particular de los otros. Llámase el tal edificio *Cárcel*. Esta palabra que todos oímos con indiferencia tal vez, y á cuyo sentido triste y aflictivo solo pueden dar el verdadero valor los que yacieron allí por uno, dos ó mas años, bajo la férrea mano de la Justicia, nada significa á primera vista. Sin embargo, la Cárcel es una animada sepultura, no solo del cuerpo, sino del espíritu del hombre.

Aquella, mas piadosa, solo contiene los restos ya frios é inanimados de uno que fué hombre y ya no lo es; y esta anima los de otro que es hombre, y á quien otro segundo llamado tambien hombre redujo, con motivo ó sin él, al anonadamiento de la muerte. En la primera solo descansa un pedazo de tierra, al paso que la segunda contiene un cuerpo separado de la sociedad; en aquella el tiempo vá desgastando los frios restos hasta que los acaba, y en esta corroe el alma del que en ella padece, exaspera y vicia su corazón con la ociosidad; desgasta hasta el último átomo de sensibilidad que pudiese abrigar; liga el entendimiento, y sujeta, encierra y contiene los pensamientos en los estrechos límites de cuatro paredes. La voz del que en ella gime, cuando osa levantarse, se apaga al salir del cuerpo que la produce, se pierde en el laberinto de aquel edificio, sin encontrar eco ni vibración, ni en los materiales de que está formada, ni en los corazones de aquellos que la vieron nacer, y á quienes iba dirigida: es un sonido vago que se pierde en el viento, como se pierde en la inmensidad de los mares una arena arrebatada por el furioso uracán.

Busca el hombre la etimología de aquella tétrica palabra, y no la encuentra: recuerda el objeto á que el edificio cuyo nombre lleva fué destinado, y cree comprenderle.—*Cárcel*, dice para sí; *castigo*

del crimen, sujeción para el criminal. ¡Insensato! ¡Cuál te engañas! Atraviesa, si tienes valor, esos raidos escalones: salva esa misteriosa empalizada: penetra en el interior de esos sepulcros: penetra también, si es posible, en el corazón de los que en él gimen: mirale desgarrado por los tormentos mas atroces; observa con atención el rostro frío de sus guardadores, y entonces esclamarás conmigo: *Carcel, sepultura del hombre vivo: castigo de todos. Edificio maldito donde la educacion es contrabando y la compasion un crimen. La falsedad tiene en él su asiento, como la dulzura en el corazón de una hermosa, como la tristeza en el de un procesado.*

Estrañarán ahora mis lectores que hablando de cosas buenas, haya hecho semejante descripción y coloque á la cárcel en el número de ellas. En este pobre mundo en que vejamos, todas las cosas son relativas, por lo tanto probaré, que si bien la cárcel no es cosa buena para los novicios en ella, lo es sí para los *profesos*. En el siglo de ilustracion en que vivimos, se ha llegado á alambicar hasta el último punto el sentido de las palabras. Antiguamente, cuando no habíamos hecho ninguna emigracion allende del Sena, al conducir á alguno á la cárcel, se le decía: *va Vd. preso*. — ¡Estúpidos!... ¡Qué poco adelantados estaban en los juegos de combinacion y sorpresa: hoy es otra cosa. — En el día cuando se conduce á un hombre preso, se le dice: *«va Vd. á prestar una declaracion.»* Esto es menos desagradable para el que lo dice, y menos triste para el que lo escucha, si bien tambien menos cierto. *Pero es un engaño*, esclamarán los escrupulosos, *y un engaño de que la ley no debe valerse.* ¡Pobres hombres! ¡Y qué es nuestro siglo todo sino un puro y continuado engaño?

Supongamos ahora (para seguir probando la excelencia de la cárcel), que un hombre inocente encerrado por espacio de cinco ó seis meses recobra su libertad, ¿hubiera conocido jamás el valor de ella sino la hubiese perdido? ¿Hubiera tenido nunca

(á no haber estado preso), el placer de verse cual otro Lázaro, vuelto á la sociedad y al mundo de que fué separado violenta y subrepticamente? Gracias debería dar al hombre que le hizo conocer todo el valor de este don.

Me dirán ahora: ¿en qué consiste la excelencia de la cárcel? Cosa buena es, señores, económico-domésticamente hablando, todo aquello que reporta alguna ventaja al que lo posee; y voy á probar como la cárcel las proporciona de gran trascendencia á los *profesos* en ella; es decir, á aquellos para quienes sin duda se escribió nuestro antiguo proverbio: *de que cuando no están presos los andan buscando.* — Si oyen Vds. decir por ahí que en aquel edificio hay presos *incomunicados*, no lo crean; lo que hay cuando mas son presos *encerrados*; es decir, presos *presos*. Lo demostraré: para que un preso este *incomunicado*, es de primera necesidad que no pueda comunicarse con los compañeros que tenga en el proceso que se le haya formado. Ahora bien: figúrense Vds. por un momento las cabezas de los siete infantes de Lara, como nos las presentaron años pasados en el teatro del Príncipe, y tendrán un croquis perfecto de la colocacion de los calabozos en que encierran á los procesados, para evitar que se comuniquen. De aquí resulta que el novicio se cree aislado, y el *profeso* geógrafo consumado en aquella casa, aprovechando la ocasion de verse entre sus cofrades, se pone de acuerdo con ellos acerca de lo que han declarado, y fragua en su imaginacion lo que á él le toca responder para evitar una catástrofe.

Probado, pues, que la cárcel es cosa buena, no solo para los *profesos* en ella, sino tambien para los novicios, pues á los primeros les proporciona la ventaja de vivir y hablar con sus amigos, y á los segundos, la de conocer todo el valor de la libertad.

Me parece oír esclamar á mis lectores: «Jesus, qué enterado está de lo que en la cárcel pasa... Señal de que lo ha esperi-

mentado... Sin duda será algun criminal, compañero de Balseiro ó Villena... ¡Haber estado en la cárcel!!!» Y ¿qué tiene eso de particular en este siglo de luces, y siendo liberal y periodista?

LOS ÁRBOLES.

El árbol es el rey de la vegetacion, su última espresion en el reino vegetal.

Cada vegetal tiene vida propia, individual, que se desenvuelve con caracteres particulares suyos, desde el embrion hasta la muerte, sin perder nunca su esencia. La vegetacion, que empieza casi imperceptiblemente en las *mudiceas*, sencilla en su base, acaba, por decirlo así, en el roble, de un organismo mucho mas complicado.

La naturaleza inanimada, lo que llamamos reino mineral, no posee organizacion propia alguna.

La viva, que comprende el vegetal y animal, por el contrario, está organizada, ó lo que es lo mismo, tiene órganos que funcionan, los que siendo mas ó menos sencillos ó complicados, funcionan proporcionalmente á su estructura, que corresponde siempre á un objeto determinado; cuanto mas simple sea el órgano mas simple será la funcion.

El árbol en su reino, cualquiera que sea la division vegetal á que corresponda, es siempre una planta de organizacion superior á todas las demás. Ocupa en sus estados el puesto que el hombre en los suyos, el primero. Está caracterizado por un tronco que sostiene una corona. El tronco vive muchos años. La corona, la forman las ramas y las hojas.

Existen en España grandes estensiones cubiertas de árboles. La encina, el Fresno, el álamo blanco, los chopos, el omo, la morera y otros varios, forman en la mayor parte de nuestras dehesas y montes, grupos aislados, y su colocacion es casi siempre demasiado clara para monte normal.



Los árboles.

Esto tiene hoy día, en muchos casos, su aplicación; pues mientras nuestra agricultura no se vaya reformando, ni se esploten con toda intensidad los terrenos que le corresponden, sin invadir los abso- lutos de monte, el aprovechamiento simultáneo de los pastos y leñas, que perjudica en gran manera á unos y á otros, es una de las razones principales del deplorable estado de nuestros montes, pues los gn- nados de todas clases que se mantienen en ellos hacen imposible ninguna siembra ni plantación natural ni artificial.

El mucho arbolado mantiene la atmós- fera limpia y despeja de miasmas la loca- lidad en que abunda. Como que las hojas son los pulmones de toda planta, de aquí que, descomponiendo ciertos gases, se apropien los árboles una parte y devuel- van á la atmósfera otra, lo cual sucede de día á beneficio de la luz del sol, y de no- che, por el contrario, producen ácido car- bónico.

Los usos del árbol son infinitos.

En construcciones de todo género y apli- cación, en útiles é instrumentos, ¿cuántas aplicaciones no tiene?

El árbol ha puesto en comunicacion los continentes.

La primer nave fué un tronco.

Dá la raíz medicinal y para quemar; dá fruto alimenticio; dá gomas, resinas y ju- gos espesos de inmensas aplicaciones en la economía doméstica y de aplicaciones ge- neralísimas.

Donde hay muchos árboles, hay hume- dad. Una de las causas de la sequia de Alicante, Almería y Murcia, en ocasiones durante cinco años, es la falta de árboles.

Es una preocupacion nécia, ridícula y absurda suponer que las hojas de los ár- boles atraen los pájaros: el trigo de los campos y eras de Castilla atraen los gor- riones, que no los árboles, como el presu- puesto á los pretendientes, que no la po- lítica. Curense de preocupaciones los cam- pesinos, y otra será su suerte. Quien quie- ra ser rico, y muy rico, plante muchos árboles y cuídelos.

El árbol crece y se cria mejor donde mas se alimenta y donde se le cuida mejor. Ca- tino en los climas pobres del Norte, es gi- gante en los cálidos y terrenos sustan- ciosos.

Los árboles se cuidan alimentándolos y educándolos, lo mismo que con el alimen- to se desarrollan las fuerzas físicas del hombre, y con la educacion las intelectu- ales.

¿Qué es poda? La poda es una operacion por la que se consigue formar un tronco en el menor tiempo posible de las mayores dimensiones, y sin defectos que puedan disminuir su valor.

La poda es al cultivo de los árboles lo que es en el hombre la educacion: con esta se enderezan los tullidos y se hacen andar los cojos. Lo mismo sucede con los árbo- les. No todos nacen regulares, y la mayor parte son exóticos (extranjeros), en su pais, y la espatriacion influye sobre su crecimiento, y sus formas y mil circuns- tancias vienen á modificar la vida de las plantas, y el arte debe ayudar á la natu- raleza. La superioridad está fundada en la educacion. Pero podar no es cortar, ser- rar, amputar bárbaramente y sin concien- cia miembros al árbol. Se corta un dedo malo, si hay absoluta necesidad; nunca un dedo sano, ni mucho menos un brazo.

La poda es una operacion fundamental de la arboricultura.

El que abone, riegue y pode mejor, ten- drá el mejor árbol y el mejor fruto.

¿No hacen gala las mujeres de llevar el vestido mas rico y bonito del lugar?

¿No hace gala el rico de sus sortijas, de sus caballos, perros y coches?



Los árboles.

¿Por qué no ha de hacer gala el hon- rado labrador de poseer el mejor árbol criado por su mano y educado con su in- teligencia paciente y cariñosa?

Que digan, ¡qué hermoso árbol tiene el tío Juan ó Pedro!

¿Qué honor para Juan ó Pedro!

Esas son las cruces y los honores del honrado labrador.

EL PAÑUELO AZUL.

Hacia fines de Octubre del año pasado volvía yo á pié de Orleans al castillo de Bardi; á poca distancia me precedía un regimiento de la guarnicion francesa: ha- bía apresurado el paso con el objeto de oír su música que tanto me agrada; de repen- te cesó, y solo se oía al compás de los tam- bores, el paso monótono de los soldados. Al cabo de media hora hizo alto el regi- miento en una esplanada circundada de álamos; acerquéme entonces á un capitan y le pregunté si iban á hacer el ejercicio. —No, señor, me respondió; se va á juzgar y probablemente á fusilar á un soldado de mi compañía, por haber robado á su pa- patrona. —¿Cómo, le dije admirado, van á juzgarle, condenarle y fusilarle en el momento mismo? —Sí, señor, me contestó; esas son las leyes de la milicia. —El tono con que espresó su respuesta no tenía ré- plica, como si estuviera previsto en sus leyes la falta, el castigo, la justicia y hasta la humanidad misma. —Si queréis presen- ciarlo, añadió el capitan, os lo puedo pro- porcionar: no debe de ser muy largo. Yo

acepté gustoso, pues deseaba asistir á uno de estos tristes espectáculos para juzgar de cerca las impresiones de la muerte en las facciones de un moribundo; seguí al capitan, y vi el regimiento formado en cuadro: detrás de la segunda línea y á al- guna distancia, se ocupaban varios solda- dos en hacer una zanja: estos eran man- dados por un superior y todo se hacia con el mejor orden, pues en los regimientos observan la mayor disciplina hasta para abrir la sepultura de un hombre. En el centro del cuadro había algunos oficiales sentados en las cajas de los tambores: uno de estos escribía algunas lineas con bas- tante descuido; era lo suficiente para que un hombre no muriese sin algunas fórmu- las. Despues de un breve rato se llamó al acusado. Era el infeliz un jóven alto y de una figura noble é interesante: le acompa- ñaba una mujer, unico testigo que depón- ia en su acusacion. Cuando el coronel se dirigió á la mujer para interrogarla: —¿Es inútil, dijo el soldado, cuanto vuelva á re- petir: es cierto que la he robado un pañue- lo. —¿Vos, Piter! añadió el coronel; Vos, que siempre habeis observado una con- ducta irreprochable! —Es cierto, mi coro- nel; siempre he procurado conservar mi honor intacto, y complacer á mis jefes... pero ese dia no era dueño de mí... solo me acordaba de Maria, y el pañuelo era para ella. —¿Quién es esa Maria? le pregun- tó el coronel. —¿Maria! Es la mujer que está grabada en mi corazon... habita en mi pueblo... cerca de Arenberg... Ah! ¡Ya no la veré mas!... y el pobre soldado derramaba abundoso llanto. Conmovido

el coronel y sin comprender las cortadas frases de Piter, le instó para que se explicase.—Pues bien, tomad esa carta; ella os enterará mejor.—El coronel leyó en alta voz su contenido, que tengo bien presente.

«Mi querido amigo Piter: aprovecho la ocasión de marchar á unirse al regimiento el recluta Arnold, para enviarte un bolsillo de seda que te he bordado: he tenido gran cuidado en ocultarlo á mi padre, que constantemente me está regañando por el demasiado amor que profeso á un hombre que dice no volveré á ver. ¿Será cierto esto, querido amigo? Aun cuando así fuese, jamás dejaría yo de amarte.... Juré ser tuya el día que me quitaste el pañuelo azul en el baile de Arenberg. ¿Lo recuerdas?... ¿Nos volveremos á ver? si, ¿no es verdad? Lo que en medio de todo me consuela es que así me lo prometiste y que tú no sabes faltar á tu palabra: sé también que eres apreciado por tus jefes y querido de tus compañeros; continúa siendo el mismo, mi querido amigo, y no olvides que pasados los dos años que aun te restan de servicio, nos unirémos para siempre.—Adios, mi querido Piter; te amará siempre tu

Maria.

P. D. Enviame algun recuerdo para llevarlo siempre conmigo; imprime en él los labios, y estoy segura de hallar el sitio en que hayas estampado tu beso.»

Cuando el coronel concluyó la lectura, tomó Piter la palabra.

—Arnold, dijo, me entregó esta carta ayer: en toda la noche no he podido dormir; la idea de Maria y de mi país no me abandonaban; ella me pedía una memoria, y yo no tenía el menor recurso para enviársela, pues había empeñado mi prest por tres meses para socorrer á mi anciano padre. Esta mañana, cuando abrí mi ventana, vi tendido un pañuelo azul: ¡era tan parecido al de Maria!... el mismo color, las mismas rayas blancas.... mi imaginación vaciló un instante, y al fin tuve la debilidad de tomarlo: apenas me vi en la calle cuando me arrepentí y quise entrar en la casa para devolverlo; pero la patrona corría ya tras de mí y hacía pública mi vergüenza. Las leyes ordenan que se me fusile; cúmplase en buen hora, pero no me desprecieis.

Los jefes no pudieron ocultar su conmoción, aumentándose cuando, recogidos los votos, fué condenado á muerte por la mayoría. El desgraciado escuchó su sentencia con la mayor tranquilidad, y acercándose á su capitán, le suplicó le diese cuatro francos, que entregó á la mujer á quien habían devuelto su pañuelo, y la dijo:

—Tomad, señora, este dinero en pago de vuestro pañuelo; tal vez valdrá mas; pero demasiado caro me cuesta para que no me perdoneis el resto.

Dueño ya de él, lo besó con entusiasmo, y se lo dió al capitán, diciéndole:

—Dentro de dos años probablemente volveréis á nuestras montañas; si por casualidad pasáis cerca de Arenberg, preguntad por Maria; os lo suplico en nombre del cielo: la entregareis esta prenda... pero no la digáis nunca el precio que me ha costado el adquirirla.

Dicho esto, se arrodilló, hizo á Dios una fervorosa oración, y marchó con paso firme al lugar del suplicio.

Yo me alejé consternado, faltándome el valor para ver hasta el fin tan horrorosa escena. Una descarga me anunció que aquel infeliz ya no existía.

Después que marchó el regimiento, volví á la explanada, donde reinaba una calma profunda: apercibí en un extremo algunas gotas de sangre y la tierra recién-

temente movida: cogí una rama de un árbol, y haciendo una pequeña cruz, la coloqué sobre la tumba del desventurado Piter, olvidado quizás de todo el mundo, excepto de mí y de la pobre Maria.

Insertamos como muy poco conocido, el siguiente soneto de QUEVEDO,

LA MUJER CELOSA.

Ningun hombre se llame desdichado aunque le siga el hado ejecutivo, supuesto que en Argel viva cautivo ó al remo en las galeras condenado.

Ni el propio loco por furioso atado, ó el que perdido llora estado altivo, ni el que á deshonra trujo el tiempo esquivo ó por necesidad á humilde estado.

Sufrir cualquiera pena es fácil cosa, que ninguna atormenta tan de veras, que no lo venza el sufrimiento tanto;

Mas el que tiene la mujer celosa, ese tiene desdicha, Argel, galeras, locura, perdición, deshonra y llanto.

LO QUE VALE LA VIDA.

(Memorias de un Breton)

POR E. SCRIBE.

...Abriendo José la puerta del salón, vino á decirnos que la silla de postas estaba pronta. Mi madre y mi hermana se arrojaron á mis brazos: «Aun es tiempo, me decían, renuncia á ese viaje, quédate con nosotras. — Madre mía, soy noble, tengo veinte años y es necesario que hablen de mí en el país, que haga mi carrera en la corte ó en el ejército. — Y cuando te ausentes, dime, Bernard ¿qué será de mí? — Sereis feliz porque os envanecerán las noticias de mis adelantos. — ¿Y si te matan en alguna batalla? — ¡Qué importa! ¿Vale algo la vida? Además, á mi edad ¿quién piensa en eso? La gloria solo debe ocupar á un jóven. — Y cuando me veais, madre mía, volver al cabo de algunos años, coronel, mariscal de campo quizás, lleno de cruces y de distinciones? — ¿Y de qué te servirán? — Para ser aquí atendido, respetado. — ¿Y después? — Todos me quitarán el sombrero. — ¿Y luego? Me casaré con Enriqueta, buscaré un marido para mis hermanas y todos viviremos tranquilos y felices en mis tierras de Bretaña. — ¿Y quién te impide gozar desde hoy mismo esa dicha? No te ha dejado tu padre una fortuna inmensa? — Hay diez leguas en contorno un propietario mas rico que tú, ni un castillo mas hermoso que el de Roca-Bernard? ¿No te guardan tus vasallos toda clase de consideraciones? Hay uno solo que cuando atraviesas la villa deje de saludarte? No nos abandonen, hijo mío, permanece al lado de tus amigos, de tus hermanas, de tu anciana madre que acaso no hallarás ya cuando vuelvas: no gastes en conquistar una gloria vana á fuerza de sinsabores, unos días que aun sin eso correrán con demasiada prontitud. La vida es tan agradable cuando se pasa tranquila al lado de los seres que nos aman!... Por otra parte, el sol de la Bretaña es tan hermoso!...

Diciendo esto mi madre, me mostraba por las ventanas del salón los floridos árboles del parque, las lilas, los rosales del jardín, que embalsamaban el aire con su fragancia.

En la antecámara los criados reunidos

tristes y silenciosos, parecían decirme también con sus melancólicas miradas: «No partais, querido amo, no partais.» Hortensia, mi hermana mayor, me estrechaba entre sus brazos, y la inocente Amelia, que estaba ocupada en un lado del salón en mirar las láminas de un volumen de La Fontaine, se había aproximado á mí; y presentándome el libro: «Lee, lee, hermano mío,» decía llorando. Era la fábula de los Dos Pichones!...

Yo me levanté bruscamente, y esquivando sus caricias: «Dejadme, les dije: tengo veinte años, y necesito honores, gloria.... dejadme partir.» Acto continuo me lancé en el portal; ya iba á subir á la silla de postas cuando apareció una mujer al pie de la escalera. ¡Era Enriqueta!... No lloraba, no pronunciaba una palabra... Pero pálida y convulsa, apenas podía sostenerse; con su pañuelo blanco me hizo la última señal de despedida, y cayó sin sentido al suelo. Vuelo á ella, la levanto, la estrecho entre mis brazos, la juro amor eterno, y en el momento en que principiaba á recobrar los sentidos, la entregó al cuidado de mi madre y de mi hermana y corral al coche sin atreverme á volver la cabeza; si hubiera visto á Enriqueta no habría tenido valor para partir. Pocos minutos después la silla rodaba por el camino real.

Durante algunas horas no pensé mas que en mi madre, en mis hermanas, en Enriqueta y en la dicha que había dejado; pero estas ideas se fueron separando de mi imaginación á medida que perdía de vista las torres de Roca-Bernard, y bien pronto los recuerdos de ambición y de gloria se apoderaron de mi alma. ¡Qué de proyectos formaba! ¡Cuántos castillos levantaba en el aire! ¡Qué bello porvenir me pintaba encerrado en mi carruaje! Riquezas, honores, dignidades, fortuna en todas mis empresas, nada me rehusé. Creciendo en ambición á medida que adelantaba en camino, ya era duque, par, gobernador de provincia y mariscal de Francia cuando llegué á la posada de noche.

La voz de un criado llamándome solo caballero me hizo volver en mí y abdicar todos mis destinos, honores y distinciones. Al otro día y los siguientes los mismos proyectos, las mismas esperanzas, porque el viaje era largo. Me dirigía á las inmediaciones de Sédan, casa del duque de C...; antiguo amigo de mi padre y protector de mi familia. Debía llevarme consigo á París, donde lo esperaban para fines del mes, presentarme en Versalles y obtener para mí una compañía de dragones por intercesión de su hermana, la marquesa de F..., jóven y hermosa, designada, por la opinión pública, como sucesora de madama de Pompadour.

Llegué de noche á Sédan, y no pudiendo, en razón á la hora dirigirme al castillo de mi protector, dejé la visita para el día siguiente, y fui á hospedarme á la fonda de las Armas de Francia, la mas concurrida del pueblo, principalmente de los oficiales de la guarnición, porque Sédan es una plaza fuerte.

Cené en mesa redonda, y pregunté hacia donde caía el castillo del duque de C..., situado á tres leguas de la población. «Todo el mundo os guiará, me dijeron, porque es muy conocido en el país: en ese castillo fué donde murió el célebre mariscal Fabert.» La conversacion recayó sobre el mariscal: se habló de sus batallas, de sus empleos y de su modestia, que le hizo rehusar los títulos de nobleza y cruces concedidas por Luis XIV; sobre todo, se ponderó su fortuna, que de simple soldado lo había hecho elevar hasta mariscal de Francia, siendo un hombre de oscuro nacimiento, hijo de un impresor. Este era

entonces el solo ejemplo que se podía citar de un hecho semejante, y el vulgo no había podido menos que atribuir su elevación á causas sobrenaturales. Decían que desde su niñez se había dedicado á la magia, que tenía hecho un pacto con el diablo y otras sandeces semejantes. Nuestro fondista, que á su rusticidad natural unía toda la credulidad de un campesino, nos aseguró, con la mayor formalidad, que en el castillo del duque de C... donde Fabert había muerto, se vió un hombre negro, que nadie conocía, penetrar en la habitación del mariscal y desaparecer con su alma, que le había comprado antes, y que todavía por el mes de Mayo, época en que murió Fabert, se veía de noche aparecer al hombre negro con una luz en la mano. Esta relación animó nuestro buen humor y aun bebimos una botella de champaña á la salud del demonio protector de Fabert, rogándole se dignase auxiliarnos también y hacernos ganar tantas batallas como él había ganado.

A la mañana siguiente me levanté temprano y me dirigí al castillo del duque, inmensa mole gótica que no pude ver sin recordar la conversación del fondista de las Armas de Francia.

El criado á quien me dirigí, me respondió que ignoraba si su amo estaba visible y si podría recibirme. Le dije mi nombre y se salió dejándome solo en una especie de sala de armas, decorada con atributos de caza y retratos de familia.

Esperé algún tiempo y nadie parecía. Esta carrera de glorias y de honores, dije entre mí, debe empezar sin duda por las antecámaras. Ya había contado por tres veces los retratos, y me iba faltando la paciencia, cuando sentí un ligero ruido; era una puerta que acababa de abrir el aire; me acerqué y vi un magnífico gabinete que daba al parque; me determiné á entrar y apenas había andado algunos pasos cuando distinguí un hombre recostado en un canapé colocado junto á la puerta por donde acababa de entrar. El hombre se levanta, y sin verme, corre bruscamente hacia la vidriera; las lágrimas corrian de sus ojos y en su rostro se veía pintada la mas cruel desesperación; permaneció algunos instantes inmóvil, con la cabeza oculta entre sus manos; después principió á pasearse por el gabinete, y entonces fué cuando, al verme, se estremeció. Aturdido de mi indiscreción, quise retirarme pronunciando algunas palabras de excusa. «¿Quién sois? ¿qué queréis?» me dijo con una voz terrible deteniéndome por el brazo. «Soy el caballero Bernard, que acabo de llegar de la Bretaña. — Ya sé, ya sé, me dijo, y se arrojó á mis brazos, me hizo sentar á su lado, y me habló de mi padre y de toda mi familia, con tales particularidades, que no dudé que fuese el dueño de la casa. — Vos sois, por lo que veo, le dije, Mr. C...? Entonces, levantándose y mirándose con exaltación. — Eso era, respondió, pero ya no lo soy; ahora no soy nada; y viendo mi admiración, exclamó: — Joven, no me preguntéis ni una palabra mas. — Está bien, señor; yo he sido, sin querer, testigo de vuestro dolor, y si mi afecto y mi amistad pueden servir de alguna cosa.... — Sí, sí, tenéis razón, y ya que no podéis cambiar en nada mi suerte, recibireis mi última voluntad y mis últimos votos.... este es el mayor servicio que podeis hacerme.»

(Concluirá.)

REVISTA DE LA SEMANA.

En nuestra revista anterior nos lamentábamos de la falta absoluta de noticias

que consignar. No es hoy mucho mas abundante la cosecha que se nos presenta; pero en la necesidad imprescindible de recogerla tal cual ella sea, vamos á hacerla con cuanta paciencia nos sea dable, á ver si reuniendo espiga con espiga, logramos formar un haz, que nos dé grano con que alimentar las voraces columnas del SEMANARIO.

Tendremos para ello que hablar á nuestros lectores de la nevada que en la anterior semana cayó sobre la coronada villa, cubriéndola con un inmenso blanco sudario, cuyos girones todavía se conservan en algunos tejados sombríos, privados del calor vivificante del astro rey del día. Tendremos que decirles que ese fenómeno atmosférico, tan comun en otras latitudes, fué, por lo extraordinario, una verdadera calamidad para los madrileños, gran número de los cuales ha visitado las casas de socorro y los hospitales por haber resbalado sobre el pavimento, que el hielo sobre la nieve había dejado mas suave que de costumbre.

Pero no todos resbalaban con tanta desdicha. Los aficionados á patinar han encontrado sus delicias en el estanque del Retiro, convertido durante ocho días en un inmenso espejo.

Hoy ya todo eso ha concluido. El estanque ha vuelto á presentar su movable superficie, continuamente agitada por las inquietas, aunque pacíficas ondas. Las calles, despojadas de su blanca alfombra, han ofrecido durante algunos días el mismo aspecto de suciedad y abandono que distingue las de nuestras mas atrasadas aldeas. No hay cosa mas negra que la nieve... cuando se deshace.

En casi todos los teatros ha continuado la representación de las funciones de Noche-buena, cuyo único objeto es contribuir á la alegría popular con que se despiden siempre al año que acaba, como si todos tratáramos de hacer de tripas corazón, manifestando buen humor después de tantas lágrimas, tantos pesares y tantos desengaños que han amargado nuestra vida en los trescientos sesenta y cinco últimos días.

Levanta una carejada
Para apagar un gemitido,
Fatídica campanada,
Preludio de un funeral...

Pero esas carcajadas son como la risa del conejo. Duran un instante, y luego solo queda en los labios cierto fruncimiento que lo mismo semeja la risa que por los cerros de Ubeda. Así, las funciones de Noche-buena duran lo que los aguinaldos: después de Reyes nadie las vuelve á ver en los teatros. Tampoco los autores suelen proponerse otra cosa que hacer reír cuatro días al público.

Una excepción ha habido este año, sin embargo, en el teatro de la Zarzuela. *Pan y Toros*, de los señores Picon y Barbieri, no es una zarzuela de Noche-buena. Es buena para todas las noches.

Y de rondon nos soplamos en el Congreso. La transición es brusca, moralmente hablando; pero todos nuestros lectores saben qué de la Zarzuela al Congreso no hay mas que un paso. Y ahora, además, la época del año nos convidaba á entrar en esa casa, que allí tambien ha habido funciones de Noche-buena, porque las fañanas de los actuales representantes de la nación no nos parecen buenas para cantadas con acompañamiento de trompa épica: basta para ellas el rabel y caramillo de los pastorecitos. Las actas se han disautido; han sido defendidos por los moderados como fruto de unas elecciones modelo de moderación, y han sido atacadas

por los vicalvaristas con la rabia del que mira á otro vestido con prendas que reconoce por suyas. Ha habido aquello de *mas eres tú*, y Cristo con todos. El jueves quedó constituido el Congreso casi con la misma mesa que interinamente ha dirigido los debates.

Probablemente empezará mañana en el Senado la discusión del proyecto de contestación al discurso de la Corona.

Y con esto terminamos el examen de la política interior: mezquina, personal, vi-viendo al día, sin cuidarse para nada del porvenir, la política española ni ofrece enseñanza al estadista, ni materia al crítico, ni aun fechas para el revistero. Pero en cambio, en el exterior ha tenido lugar uno de esos sucesos importantes destinados á cambiar, no solo la forma de gobierno de un país determinado, sino acaso la faz de todas las naciones. La encíclica de Pío IX, en cuyo examen se ha ocupado la prensa de estos días, está indudablemente llamada á producir algun resultado decisivo en una de las mas grandes cuestiones que llaman en este siglo la atención de la humanidad, la cuestión del poder temporal.

La política de la corte pontificia, encerrada hasta ahora en una frase, que era á un tiempo la expresión de su debilidad y la fórmula del mas decidido propósito de su intransigencia, ha roto el silencio, y ha escogido para hacer oír su voz el modo y la ocasión mas solemnes de su ritual, el mas ceremonioso de todos los conocidos. Mas valiera que nunca lo hubiese hecho! Convencida la Santa Sede de que la eficacia de su *non possumus* cesaba desde el instante en que no se impetraba su consentimiento para negociar, ha querido protestar, no solo contra los hechos que pudieran servir de partida y de base para una nueva política donde veía la ruina de su poder temporal, sino contra todos los derechos reconocidos, contra todo lo que enfrente de ella veía levantarse; y ha fulminado los rayos de su anatema sobre todo cuanto la política liberal proclama, la ciencia en sus adelantos nos enseña y la sociedad actual ha consolidado. Declara, en una palabra, incompatible la religión del Crucificado con la moderna civilización.

La encíclica no es mas que la respuesta á la convención del 15 de Setiembre. Así lo hemos consignado en el examen que de ella hemos hecho en las columnas de LA SOBERANIA NACIONAL, y en ese juicio nos hemos ratificado plenamente después de leer una y otra vez el magnífico artículo sobre el tratado franco-italiano que en estos días ha publicado nuestro distinguido amigo el señor don Salustiano de Olózaga. Mientras la Santa Sede ha abrigado la esperanza ilusoria de que seria permanente el insostenible *statu quo* de la ocupación francesa, se ha contentado con envolverse púdicamente en el manto de su debilidad, creyendo asegurar así una protección, que humildemente confesaba, y de hecho lo es, necesaria para sostener sus dominios terrenales. Pero desde que el tratado franco-italiano, reconociendo al reino de Italia un derecho mas elevado que el de la simple posesión, ha fijado el modo de pagar la deuda y de atender á las demás necesidades políticas de las Marcas y la Umbria, antes del patrimonio de San Pedro; desde que se anuncia el término de la ocupación francesa para dejar al pueblo romano el ejercicio de su soberanía, la corte romana no puede hacerse ilusiones sobre el porvenir que espera á su poder temporal, y llama en su ayuda al otro sagrado poder que tiene en sus manos, ligándolo imprudentemente á la defensa de lo que no es ya posible sostener en sus actuales condiciones.

Por fortuna, la iglesia es eterna; y los intereses católicos no han de padecer en ese impuro consorcio. Pero es indudable que todos los rayos del Vaticano no bastan á matar el espíritu de progreso que hoy anima al mundo; y buena prueba de ello es el mal efecto que en todas partes ha producido la enciclica.

Y con este remate, en que dejamos archi-



vado lo único verdaderamente importante de la semana, cerraremos esta revista tan enojosa para nosotros como desnuda de interés para nuestros lectores. No, no son por cierto culpa nuestra estos inconvenientes, ni valen ellos gran cosa al lado del que ofrece la triste y estéril situación por que atravesamos.

GUILLERMO CRESPO.

LECTURAS EN ALTA VOZ.

En junta ordinaria celebrada el día 1.º de Enero en el *Círculo Calahorrano*, se acordó por unanimidad, que se lea en alta voz todas las noches de los días de labor de ocho á nueve en el gabinete de lectura, y en las de los de fiesta en igual hora en el salón de recreo, por la mayor afluencia de señores socios.

En la noche del 2 se dió principio con la lectura de historia de España, los últimos números de *El Museo Universal*, *Semanario Popular* y *LECTURAS DEL HOGAR*.

CRÓNICA DE REUNIONES.

En Santiago se ha inaugurado el domingo un Liceo de artesanos.

LOS PATINES.

Ha sido nombrado presidente del Ateneo Catalan, el Sr. D. José Ferrer y Vidal.

Para formar la Junta Directiva de la Sociedad titulada *Círculo Calahorrano* durante el año 1865, han sido nombrados;

Presidente.—D. Alejo Hernandez.
Vice-presidente.—D. Severo Martinez.
Tesorero.—D. Angel Escalona.
Contador.—D. Severiano Ustariz.
Secretario.—D. Manuel Marin.

VOCALES.

D. Angel Barrero.
D. Felipe Albeni.

D. José María Arenzana.
D. Andrés Gomez.
D. Miguel Garrido.
D. Manuel Sanz Alvarez.
D. Isidoro Cerizo.
D. Manuel Martinez Redal.

Secretario de la redaccion,
EDUARDO DE LA LOMA.

Editor responsable,
DON FRANCISCO QUELLE Y GUTIERREZ.

MADRID:
Imprenta á cargo de Julian Peña, Rubio, 85.
1865.



La L y la Y.



La Y y la L.

MADRID AL EMPEZAR EL AÑO 65.